

Otra lista

En una carta abierta que el filósofo italiano Benedetto Croce publicó hace varios días, decía, más o menos: "El pueblo italiano no estará representado en las próximas conferencias internacionales. ¿Por qué? Porque, según opinión unánime, es un pueblo que adhirió al fascismo y lo sostuvo o lo soportó durante muchos años. Valdría la pena preguntar, sin embargo, quiénes son más culpables de esto: si aquellos individuos y estados que alabaron públicamente a Mussolini, le concedieron préstamos y le dieron facilidades, o el pueblo italiano, que viendo cómo se alababa al Duce y cómo se facilitaba su carrera, optó por soportarlo, cosa que, por lo demás, era lo único que podía hacer."

He recordado estas palabras de Croce al leer, en estos últimos días, las informaciones sobre los campos de concentraciones nazis, así como las comunicaciones en que se habla de las listas de criminales de guerra confeccionadas secretamente por los aliados.

Creo que, si se procediera con honradez, debería hacerse otra lista con los nombres de aquellos que, tanto en el caso de Mussolini como en el de Hitler, entusiasmados con la idea de que tanto el uno como el otro acabarían con el comunismo -- cuando en realidad lo único que han hecho ha sido traerlos hasta el corazón de Europa --, les alentaron y les permitieron crecer hasta el extremo que crecieron.

Esta lista, por supuesto, no podría llamarse de criminales, pero la verdad es que el adjetivo que merecen no es de aquellos que enorgullecen a nadie. No tendría tampoco, esta lista, finalidad punitiva: los que podrían aparecer en ella están muy altamente colocados y son hoy, con excepción de los franceses, los vencedores, aunque los vencedores de los que ayer alabaron y alentaron. La lista serviría nada más que para demostrar que no son sólo los pueblos italiano y alemán los que tienen la culpa de todo.

Podría decirse que esos hombres tienen ya suficiente castigo: terminaron uniéndose a los que odiaban y exterminando a los que alababan. Pero no creemos que eso pueda ser un consuelo para los destrozados pueblos de Europa, ni creo, tampoco, que la historia deba hacerse o escribirse de ese modo tan poco honrado. Si así fuera, ¿qué estímulo tendrán los hombres rectos, los honrados, los puros de corazón? Ninguno.

Nada, amigos, hay que hacer la lista; secretamente, por supuesto, como la otra, pero hay que hacerla.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©